

Waldo Vila Silva

Luis Herrera Guevara, pintor inefable



EL MITO de este pintor, o más bien, la apariencia figurada en el tiempo y la distancia, han creado la leyenda de un personaje imaginario, leyenda que, desfigurada, ha sido aumentada al correr de boca en boca. De esta manera, ya no sabemos dónde termina ésta, para dejar algún resquicio a la verdadera personalidad humana que le servía de sostén; nutrida de sus más íntimas sustancias terrenales. Que si de pan no sólo vive el hombre, tampoco de aire, aunque así sea el mito impalpable de Herrera Guevara. Que no de otra manera ha sido construido por quienes, en realidad, no lo conocieron en presencia física. Con su sombrero de rarísima forma, que confeccionaban sólo para él, una peluca de cambiante color, al paso de las estaciones. Su calidad de abogado criminalista y tantas otras cosas encantadoras y extravagantes que merecerían escribirse en "estado de gracia", en el que tan único personaje las vivió en su compacta humanidad.

En este retrato imaginario de Herrera Guevara, trazado por Camilo Mori, nuestro personaje, evadido de la realidad, sería más bien alto que bajo, gordo que flaco, de madura edad, con aquel sombrero que substituía, en verano, por uno de la paja admirable y nunca

bien ponderada de Panamá, mantenido derecho sobre su cabeza grandota con lacios cabellos de una peluca que dibujaban una onda rotunda sobre la frente de un rostro mofletudo, moreno, de niño que ha engordado demasiado.

Cuando Herrera Guevara se transformaba en veraneante de Viña del Mar, su tenida sufría, también, una metamorfosis completa. Su peluca era entonces rubia y, empingorotado sobre ella, un sombrero blanco de caídas alas, como el que usan los niñitos en la playa. Camisa deportiva, suelta, fuera del pantalón, sobrando por debajo de la chaqueta de tenis a rayas blancas y verdes, lo que le daba el aspecto de un enorme escarabajo al que se le hubiesen quedado fuera las alas. Unos ojos distraídos y asombrados, bajo las espesas cejas que escrutan el mundo ajeno que lo rodea. Esta complicada indumentaria cubre una humanidad maciza y gruesa, de pesadas piernas, de andar trabajoso y complicado. Tal debió ser la apariencia física de este hombre, cuando no era nada más que un abogado criminalista que defendiera muchos casos de célebres asesinos en la tenebrosa crónica roja. Poseedor de más que buena situación, que le permitía efectuar viajes a Europa y Estados Unidos, lo que autoriza a algunos para dudar de su sentido de autodidacto en la pintura. La realidad, sin embargo, parece ser otra; el propio Herrera Guevara refería sus experiencias de aquel viaje a Europa en el Año Santo (era un hombre devoto). En sus visitas a los museos, dado el angustioso plazo de estos viajes de turismo, llegaba certeramente cuando se cerraban sus puertas. En cambio, se mostraba muy satisfecho de la audiencia del Rey de España, en la que, según él, hubo de salir afuera porque le dio una tentación de risa que no pudo contener. Más tarde, en Roma, vio al Santo Padre y le volvió aquella tentación de risa, debiendo también salirse y perder así la "bendición papal". Debemos anotar, por consiguiente, que si a un hombre de más de cincuenta años le suceden tales cosas, nos permite esto objetivar su personalidad psíquica como aberrante de lo normal, desautorizando de esta manera las sospechas lanzadas sobre él de actuar como un simulador.

Vivía solo, como todo buen solterón, desconfiado como el que más y, tal vez, egoísta de sus pequeños privilegios de burgués. Una tarjeta, escrita de su puño y letra, a manera de recibo por la suma de \$ 400 a nuestro amigo Alvaro Hinojosa, permite observar una letra grandota que dice muchas cosas para quien sabe leerlas. Creo que Alvaro Hinojosa fue el descubridor de Herrera Guevara y quien llevó sus cuadros para ser exhibidos en Nueva York (actualmente existe uno de ellos en el Museo Moderno). Esa tarjeta, a la que aludíamos, muestra un rasgo evidente de la personalidad no simulada del pintor, quien, al acusar recibo correspondiente a la compra de sus cuadros, informa a su amigo y vendedor que había tenido la preocupación de cerciorarse previamente de si el cheque N.º 208,299 tenía fondos en el Banco, antes de enviarle los cuadros. Esto nos refuerza, también, en la definición de Herrera Guevara como cauteloso y desconfiado.

Todos estos factores, aparentemente ridículos y sin importancia, nos dicen mucho del hombre que pintara aquellos cuadros extraordinarios. En cierto sentido, debemos aceptar que la pintura no es una cosa mecánica sino más bien una actitud mental, que se expresa a través de la personalidad humana como una insobornable verdad del hombre interno. Si Herrera Guevara hubiese sido de otra manera, su pintura también habría sido diferente, o no habría existido en modo alguno.

“En el mundo axiológico de Sartre —dice Alfred Stern—, la idea de que el hombre es el único legislador en el reino de los valores (que bien podría referirse, en este caso, a los valores plásticos) descansa en la tesis existencialista sartreana y heideggeriana, en que nuestra mente cognoscente es secundaria a nuestra existencia, un modo de nuestra existencia y que sólo por la libertad llega la razón a ser”. Por consiguiente, esta libertad, o esta existencia, no pueden ser limitadas por ningún producto de la razón o del conocimiento, como, por ejemplo, la verdad o la significación, los valores o las cosas reconocidas.

Las cosas están determinadas por cosas, pero siendo libre el

hombre es todo menos una cosa y, por tanto, no puede estar determinado por cosas.

Hay personas que advierten esto, que reconocen su libertad y se consideran como libres creadores, como la base sin base de todos los valores. Asumen su responsabilidad por esta elección fundadora de valores y de la angustia que trae consigo. Existen "auténticamente" y "de buena fe".

La gran mayoría de las gentes, no obstante, niega su libertad, se la oculta a sí mismo con toda clase de excusas deterministas: existen "inauténticamente".

¿En qué instante, en qué día, en qué encadenada circunstancia comienzan estas cosas a encajarse, a organizarse y a vivir con vida propia en la existencia sin nombre de Herrera Guevara? No lo sabemos. Hasta entonces, había existido, como Sartre dice: "inauténticamente".

Son valederas estas hipótesis razonadoras en el "caso Herrera Guevara", pues nadie sabe, de un modo cierto, cuándo, en qué momento empezó a pintar, ya que no era el caso del pintor nato que empieza su experiencia plástica con los primeros dibujos infantiles, o sea, al comienzo de su vida potencial no razonada. Su pintura no corresponde al medio que lo rodea, ni a los grandes movimientos que siguen a Picasso, Renoir o Matisse. Mucho menos se aproxima a las corrientes que derivan de Kandiski, Dalí o Chagall. Creo que tampoco la suya es, como algunos creen, la pintura de los ingenuos, ni mucho menos la de los infantilistas puros, lo que no quitada del valor a la pintura auténtica de Herrera Guevara. Es indudable que la trayectoria de un Douaniere Rousseau es completamente diferente, en lo que se refiere a su soberbia materia plástica que tiene la calidad de un clásico de transparente diafanidad y misterio sobrecogedor. El proceso de Douaniere Rousseau en pintura es del todo diferente. Descubierta por Deraine es incorporado, de inmediato, a la más brillante *elite* de la intelectualidad que, en esos momentos, lanza al mundo los nuevos postulados del movimiento moderno en plástica y poesía. En aquellos tiempos, la influencia de Apollinaire llega a su apogeo. Son las famosas

reuniones del Café de Fleurs, a donde llegan los pintores y los poetas. A su lado, marchan por las aceras de Montparnasse y de Sainte Germaine de Prés, todo un estado mayor cosmopolita. Su círculo de trompetas y portavoces que proclamaban las nuevas formas de arte, en publicaciones de la mañana a la noche, por artistas e intelectuales llegados de las cuatro partes del mundo.

El era el príncipe del espíritu moderno, el director de orquesta de las ideas nuevas, el alma de la gran revolución que había socavado y destruido las viejas normas convencionales de la envejecida poesía. La poesía discursiva y la pintura figurativa-objetiva habían recibido un golpe de muerte. El había decidido que la literatura debía ser eliminada de la poesía, porque ya no tenía razón de ser. La poesía y la literatura eran dos cosas diferentes y no había que confundirlas: ¡Abajo la retórica! A este hombre clave y fundamental en el arte moderno se le debe el conocimiento del Douaniere Rousseau. Apollinaire es quien pone en libertad las imágenes del pintor aduanero, quien estimula su pristina pureza, que emana del fondo de poesía mágica que lo habita. Es el propio Apollinaire quien cuenta lo del retrato, que le está haciendo Rousseau: "El pintor toma, minuciosamente, las medidas de la talla, de las piernas y brazos del poeta para ver si cabe en la tela, según explica a su amigo". Algunos días después, Apollinaire recibe un mensaje neumático (azul) en que el pintor le dice: "Pasa por mi taller, porque he perdido la medida de tus espaldas". Su pintura es, entonces, sobrenatural, de naturaleza angélica y de una sabiduría plástica que abisma; sus telas están pintadas con la mejor técnica, lo que les permite conservarse espléndidamente, como las de un clásico de la pintura moderna. En Herrera Guevara es diferente. Su pintura no deriva del contacto e influencia de un medio superior intelectual; no tiene sentido de poesía mágica, como en el caso del Douaniere Rousseau, ni su calidad técnica, tampoco su sabiduría de pintor. Este artista, de estrafalaria traza, pinta de cualquier manera y cualquier cosa. Es un auténtico liberado, en fuerza, originalidad y expresiva sensibilidad que nos lleva a una sensación chocante de extrañeza y absurdo tal, que sobrepasa la línea de percepción condicionada para bordear los

límites de las figuraciones psiquiátricas en que el sujeto se expresa con absoluta libertad, porque en realidad no sabe cómo se expresa, son “como los libres creadores, como la base sin base de todos los valores” (Sartre).

Estamos autorizados a suponer que, hasta los cuarenta años, aproximadamente, vivió una existencia tranquila de abogado, en su bufete instalado en calle Huérfanos 1235, oficina 27. Un abogado grueso y calvo, reposado y ladino como un huaso macuco. Un día, tal vez, no diferente a los otros, algo sucedió, algo sintió dentro de sí mismo. Su armazón de la vida rutinaria comenzó a resquebrajarse, a transformarse en forma extraordinaria. ¿Qué era? El mandato absoluto, exigente de la pintura. Trocó la toga de abogado por el delantal de pintor, que en este particular caso era el espantoso de los morgueros (los mozos de la Morgue). Transformó su estudio de abogado en taller de pintor, arrumbó los códigos y compró mil tubos de color, caballetes, telas y bastidores. Los amigos y colegas comenzaron a mirarlo de soslayo. ¿Se habría vuelto loco? Sí, en cierto modo; le había enloquecido la pintura y había dejado su estudio de abogado como Mattise dejara un día su profesión de cirujano, conservando su gorro blanco y delantal, pero trocando el bisturí por los pinceles.

Herrera Guevara comenzó a pintar con furia inusitada, sin saber nada de pintura, siguiendo misteriosos mandatos de la intuición o, tal vez, no siguiéndolos en absoluto. Pintaba, bastábale sólo pintar. Pintaba regocijadamente, sin perspectiva, con tonos planos, limpios y decididos. Los “técnicos” la llaman “pintura adánica”, como la habría hecho el primer hombre. Su pintura carece de trucos, ideas preconcebidas y majaderías teorizantes. Hay sólo creación pura, color, figuras grotescas, feas pero bellas de expresión y carácter.

El poeta Andrés Sabella me envía un fragmento, con esta figuración de Herrera Guevara: “Cuando se hizo pintor, superó su calvicie adquiriendo pelucas de colores que peinaba con fervorosa peineta de señora. Usaba gruesos zapatones de buzo, guantes increíblemente grises (cenicientos), un sombrero de “matón de película muda” y un ciga-

rrillo infatigable azuleaba entre sus gruesos labios flojos. Caminaba como si fuera a dormirse en cualquier esquina”.

Le agradaba que Sabella le saludase de esta manera:

—Usted, don Luchito, anda siempre azul.

Si de recuerdos emocionados estamos, este poeta decía también en aquel estudio del pintor: “He nombrado a Herrera Guevara y usted me lo recuerda. ¡Si hasta pintó una Paulina!” Del azulísimo Herrera Guevara recuerda “Paulina ofrece una flor”. Mi hija saludaba entonces a la otra Paulina de ensoñación.

Herrera Guevara creó personajes que habitan las jugueterías de la noche, ciudades que no se encuentran en ninguna parte, pero mucho más bellas, como es más hermosa su “Pérgola de San Francisco” que la real. “El Hospital San Juan de Dios” nunca fue tan bello como el que posee Camilo Mori. “Congreso Eucarístico”, maravilloso y suntuoso de admirada ingenuidad. Creen sus comentadores que algunos de sus cuadros debieran estar en los museos modernos (actualmente se encuentra uno en el Moderno de Nueva York). Camilo Mori dice, en la pequeña síntesis del catálogo: “Estaría al lado de las obras de un Douanier Rousseau, Bombois, Vivin, Peyronnet o Bauchant, y a la de los americanos: Kane, Picket, Hicks. Es decir, su obra hecha de intuición, sabiduría y sensibilidad pura habría logrado el reconocimiento merecido”.

Curioso Herrera Guevara, del cual no podemos explicarnos el proceso de la creación plástica, ni lo lograremos nunca.

Un día de 1945 murió Herrera Guevara, solitario, silencioso, arropado en la fiesta de ilusión de su pintura. Cuando habló por última vez con el poeta amigo, sus ojos estaban acuosos, como si rompieran en lágrimas. Lloraba porque dejaba, para siempre, su juguete, la pintura que lo hizo tan feliz en eterna infancia.

Murió el niño de Chile, con rostro arrugado y corazón inefable.

Pocos lo acompañaron al cementerio. Los otoños amarillos y los inviernos azules comenzaron a llover sobre su tumba.